Tomo XV

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 24]

San José, Costa Rica **1927** Sábado 31 de Diciembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

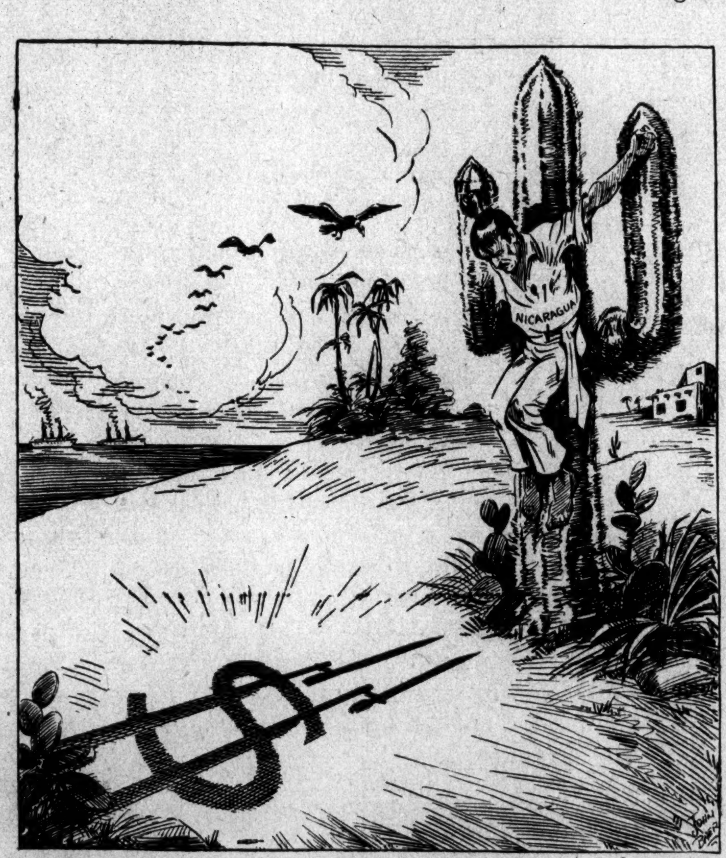
Bombardeando liberales en Nicaragua

Por el Mayor *William S. Brooks*,
del Servicio Aéreo Militar saxoamericano en Nicaragua

El Mayor Mason y yo fuimos a visitar al General Moncada el primer día de nuestra ofensiva conjunta por aire y tierra, en el sector sur de la tragedia actual. Era la hora del té cuando nos situamos sobre su casa en los altos montes cerca de Tierra Azul. El viento húmedo llenaba los picos de niebla al levantarse impetuoso del Atlántico. Escudriñando por entre ella llegamos al claro en que los inteligentes oficiales de nuestro ejército declaraban la situación del cuartel general de los liberales.

No pudimos ver a nadie. En apariencia ni un alma viviente disparaba contra nosotros. Mas no nos atrevimos a descender mucho por temor de que los artilleros estuvieran reservando sus fuegos para engañarnos. Desde una altura prudente dejamos caer las bombas y una acertó a caer sobre la casa. Una columna de polvo se levantó dispersándose luego. La claridad volvió de nuevo a su estado de incómoda desolación. Aparentemente el General Moncada no había estado en su casa.

Nuestras avanzadas seguían hacia el este en dirección a los lagos, como a unas diez millas detrás de nosotros. Al venir de Managua las habíamos visto y entonces el Mayor Mason y yo resolvimos por señales penetrar al territorio de los liberales, aun más adentro, en busca del bloque principal de tropas. Pocos minutos después las tupidas arboledas de los bosques nos dieron una violenta bienvenida. Arrojamos el resto de nuestras bombas, pero no obstante el fuego continuó. Tan nutrido era que nos imaginamos haber descubierto la nueva guarida antiaérea que se decía había construido el General Moncada. Nada podíamos hacer y sin embargo nos mantuvimos sobre ellos empeñados en localizar la artillería. Yo casi me mantengo para siempre.



This is *Dollar Diplomacy!*

Truth forever on the scaffold, Wrong forever on the throne,—
Yet that scaffold sways the future, and, behind dim unknown,
Standeth God within the shadow, keeping watch above his own.

¡Esta es la *Diplomacia del Dólar!*

La Verdad siempre en el cadalso, la Mentira en el trono siempre, pero aunque el cadalso domine en el futuro, y tras la confusión, Dios se yergue en la sombra, velando sobre sus criaturas.

(Tomados, el texto inglés y la caricatura, de *Good Neighborship*—Vol. I n.º 3.—, Bulletin of the National Citizens Commitee on Relations with Latin America. Office, 212 First Street S. E., Washington, D. C.)

Los liberales resentían nuestra intervención en esta guerra. Le habían puesto precio a nuestras cabezas y oímos decir que estaban dispuestos a hacernos toda suerte de cosas si alguna vez Mason o yo nos veíamos obligados a buscar árbol en donde bajar nuestros aparatos. El mes pasado tuvieron una ametralladora emplazada sobre un pico cerca de Boaco, lo cual nos dió molestias cada vez que pasábamos hacia el frente. Al final las tropas conservadoras tomaron el pico y Moncada tuvo que desalojar. A los soldados de avanzada les oímos decir que Moncada había colocado tres cañones de campo de tres pulgadas cada uno y algunas ametralladoras sobre una altura cerca de Tierra Azul para seguir su juego de gentuza.

Después de cerca de cuarenta minutos oí un *pinn* agudo, metálico, en medio del ronquido del motor. Y en ese preciso momento el ronquido se vuelve tos, la tos se convierte en ladrido, y el ladrido degenera en la sacudida violenta de un motor en agonía.

Mason siguió escoltándome. Sabía como yo que el motor fallaba. Iba a observarme en el descenso y a darme alientos para la carrera de Maratón que echaría con los mancebos liberales. Mientras me deslizaba sobre una selva en la cual un canario no habría podido posarse sin sufrir lastimaduras, en mi cerebro ocurrían dos procesos mentales completamente separados.

Uno se refería al vuelo, alargar el descenso cuanto más pudiera, imaginando en qué parte del monte iría a hallar corrientes ascendentes y descendentes, preguntándome qué le habría ocurrido al mo-

tor que ahora ahullaba con un cilindro, zigzagueando cuando podía burlar el blanco de la artillería, pues el fuego era aun graneado. Las balas sonaban como enjambre de mosquitos. Una pasó cerca de mi oído y zumbó como una abeja.

El otro proceso mental se refería a la manera de salir de la catástrofe, ya fuera echando a correr o haciendo frente con mi pistola automática. Pensaba en cuáles serían los mejores correderos hacia nuestras líneas. A todo esto, ya había perdido mil pies de elevación. El fuego era terrible. Tuve miedo de que Mason fuera alcanzado y precipitado a tierra. Pero precisamente cuando escogía la altura de un monte para estrellarme, imaginándome que podía tener un punto de partida para correr por el otro lado mientras los liberales jadeaban acercándose, el motor recobra de pronto su salud. Hay siete cilindros que funcionan de nuevo. El horizonte surge del ala superior. Volaba a nivel.

Me puse a chinear el motor y aprovechándome de toda corriente ascendente, regresé a mi base. Cuando descendí en Campo Marte encontré que un fragmento de bala había roto el garfio del motor que sostenía la válbula del carburador.

Reparada mi nave, llega en la tarde siguiente la noticia de que 400 o 500 liberales marchan a atacar San Francisco, aldea situada en la parte norte del lago de Managua. No podían los liberales estar tan cerca de la capital y el General Solórzano Díaz nos ordena salir ya tarde del día a encontrarlos y atacarlos. Mason y yo volamos en su aeroplano provistos de las mejores bombas que teníamos a mano, encontrando un grupo de hombres, caballos y ganado a lo largo del Río Sinacaba que atraviesa San Francisco. Arrojamos las bombas sobre un macizo de arbustos que pareció estar enteramente abandonado, porque no conocimos quienes eran los hombres. Y por el camino que siguieron nada pudimos saber. Saltaron tan rápidamente como nunca habíamos visto liberales. Mas deben de haber sido sencillos labradores conservadores.

Los días 2 y 3 de abril los gastamos alistándonos para ayudar en la batalla que se preparaba cerca de Tierra Azul. Moncada hacía su última resistencia sobre los escarpados desfiladeros de las montañas. No creo que dispusiera de muchos hombres, pues nuestras bombas produjeron un pánico relativamente pequeño. Pero en este país unos pocos hombres pueden sostener un ejército.

Las bombas nos dan qué hacer todo el tiempo. El General Díaz es uno de los trabajadores más tesoneros en la elaboración de bombas. A menudo está experimentando con grandes riesgos, pues estos proyectiles son muy inciertos. En teoría es muy fácil hacer un buen explosivo, pero en la práctica las buenas teorías no explotan con facilidad. Cogimos los tubos de unas granadas y los ajustamos de modo que estallaran al arrojarlos de dos pies de altura. Se hundieron en la arena sin la menor señal.

La batalla comenzó el 3 de abril sobre la línea desde Muy Muy hacia el Sur y el Este en dirección a Tierra Azul extendiéndose hasta las montañas. Era este el sector Sur de la línea original que antes de nuestras victorias cerca de Jinotega se extendía hacia el noroeste. El grueso de tropas de Moncada estaba sobre una altura conocida por Herradura, la cual se proyecta hacia el Este de Palo Alto en dirección del valle del Río Olama. Es una lengua de montañas escarpadas con un bosque espeso.

Sobre el punto más oriental Moncada había distribuido sus mejores tropas y almacenado sus municiones. La vereda Muy Muy-Tierra Azul conduce a lo largo de la base de Herradura por el Norte, y el camino de Matiguas a lo largo de la base por el Este. Las fuerzas conservadoras están en posesión de ambos lugares. También las fuerzas federales conservan las rancherías hacia el Sur de la pendiente y por este tiempo habían ocupado una posición medianera en lo alto del declive, detrás de Tierra Azul. Esto le dejó a Moncada tan sólo una angosta faja para la retirada. Sin embargo, no daba señales de retirada. Su posición era excelente.

Estas luchas en su mayor parte se llevan a cabo en un estilo indígena.

El ataque se hace por pelotones, porque el terreno es tan escarpado y la selva tan espesa que grandes masas de hombres no pueden moverse juntas.

Los defensores pueden hacer cien paradas, detras de las rocas, en el fondo de los carriles, sobre las rocas. Las oportunidades para emboscadas son excelentes y raras veces desdeñadas por uno u otro lado,

Los hombres se hallan aislados de sus amigos en estas selvas. Se encuentran frente a diez, veinte, treinta enemigos. En una hora acuden los buharros, pues estas guerras dan pocos prisioneros.

En el extremo norte de la línea se enfrentaba a los liberales una masa considerable de conservadores al mando de los generales Reyes y de Garderro. Comenzaron el ataque el mismo día en que el ala sur de los conservadores lo efectuaba en Tierra Azul.

Levantamos el vuelo cerca de la once a. m. el 5 de abril, con cuatro granadas en cada aeroplano. Algunos liberales que no habíamos conocido nos dijeron hola, al pasar sobre Teustepe, al oeste y sur de Tierra Azul. Cuando me enderecé a asomarme desaparecieron. Cerca de mi cabeza pasó zumbando una bala. Otras se volvieron emjambre zumbando como mosquitos.

Sobre Tierra Azul no pudimos ver a los atacantes. De haber uno llegado de otro planeta y se acercara a la tierra, se habría sentido regocijado no conociendo de antemano el mecanismo del entretenimiento bélico. Aquí una docena de hombres con cosas como garrotes entre sus manos iban precipitándose cerro arriba. Parecían muy salvajes. Otros tropezaban y caían. Algunos quedaban tendidos sobre el suelo, otros hacían demasiados esfuerzos.

En lo alto del cerro había una gran conmoción. Cuadrillas de hombres recorrían este y aquel camino, brincaban, saltaban unas cuantas yardas, se echaban al suelo, tropezaban y se quedaban quietos.

Esto era una batalla. Los hombres morían. En la llanura no oíamos ruido. Parecían criaturas desgraciadas e inconformes ocupadas en bufonadas en el bosque.

Teníamos instrucciones de ayudar allí en donde hubiera más necesidad y continuar así hasta Muy Muy. Nuestra gente había tomado la ciudad y se la veía recorriendo sus calles. Más adelante los liberales estaban empeñados en una acción de retaguardia. Tenía aquello la misma apariencia cómica que en Muy Muy.

En la tarde del día 7 nos fuímos a atacar los liberales en Herradura y a tratar de terminar con la batalla. Las fuerzas de tierra luchaban contra grandes ventajas al pelearse el camino hacía lo alto del declive.

Cada uno cogió cuatro bombas y volamos por entre la neb'ina de los comienzos del invierno, hacía Palo Alto. Herradura descendía muy gradualmente hacía el Este. Las nubes bajaban casi hasta la cordillera. Teníamos que volar a ciegas por entre la neblina hasta figurarnos que estabamos sobre un pelotón de liberales fuertemente presionados por los conservadores. Luego uno de los dos haría descender el motor dejando caer la bomba justamente antes de ascender de nuevo.

Los liberales se mantuvieron todo el tiempo regando de balas las nubes. Cada vez que atravesábamos las nubes que estaban a dos o trescientos metros sobre la cumbre, las balas silbaban como enjambre de abejas. Era difícil cada vez más pensar en descender hasta ellos. Sin embargo, hicimos buenos blancos y tuvimos pocas averías en nuestras naves.

Muy temprano de la mañana del día ocho Mason y yo nos elevamos con el General Solórzano Díaz. Cada uno llevaba dos bombas de las fabricadas en Nueva Orleans en el invierno pasado y cuatro granadas.

El ataque era recio. Había sobre la parte alta del declive y sobre la cumbre misma un continuo caer y levantarse. Algunos liberales parecían hacer su última parada sobre un montecillo. Nuestros hombres estaban por todos lados. Descendí y les regalé una granada; Mason iba a mi retaguardia y les obsequió una bomba. Cuando hubimos ascendido los vimos batiendo nuestra bandera en señal de rendición.

Volamos hacía el Este, a lo largo de la cordillera, a los atrincheramientos del grueso de las fuerzas de Moncada. Dejamos caer allí el resto de nuestras bombas e hicimos buenos blancos. Una de ellas dió sobre la casa que guardaba las municiones y produjo una explosión acompañada de un torbellino de polvo. Pero los liberales se agarraban a sus posiciones.

Volamos por el valle mientras ellos dirigían contra nosotros las balas de sus rifles. Después de observar por un corto tiempo la lucha regresamos a nuestra base.

El día siguiente hicimos cinco bombas inflamables, de esta manera: un cuarto de botella de un líquido formicida inflamable que usan por aquí, y que además de ser inflamable tiene un olor terrible; balas de hierro en sacos de polvora sumamente explosiva; la botella y lo demás era envuelto en tela y papel y se le acomodaban a los lados tres sacos de polvora sin balas. Es de apariencia fea y cae oblicuamente, pero hace mucho ruido, produce mucho polvo y tremendos olores al disparar.

Dejamos caer cinco de estos paquetes, ocho granadas y una bomba de Nueva Orleans sobre el monte que ocupaba Moncada. Destrozaron todo lo que teníamos a la vista y aquella tarde nuestros hombres ocuparon Palo Alto, no encontrando más que algunos liberales muertos. Moncada se había escapado por una pequeña salida con dos o trescientos hombres.

El día doce Mason y yo salimos en busca del fugitivo Moncada. Encontramos que había construido unas veredas bien ocultas desde su loma en Palo Alto hasta otra cerca de San José, tres millas distante, concentrando allí sus fuerzas. En los claros tenían muchos cientos de caballos y ganados, pero sus hombres no se veían.

Llovía de nuevo y las nubes estaban bajas. Nos aventuramos a descender a 400 pies sobre la cordillera, haciendo cabriolas de nube a nube y levantamos un nutrido fuego. Nuestras bombas no hicieron obra eficaz.

La tregua de la Pascua Florida pospuso las operaciones en su mayor parte por el resto de la semana. Dimos la bienvenida al descanso Mason y yo, porque volar estas naves sobre un territorio tan escabroso y hostil es un gran esfuerzo.

Hay casi todas las noches una parranda y son estas cosas lo único que nos retiene. Todo lo que uno puede hacer aquí es tener una parranda. Generalmente comienza la tarde anterior en una casa; por la noche continua en otra y finaliza con un paseo en automóvil a alguna casa situada en las montañas, temprano de la mañana.

Cuando supimos que el Coronel Stimson llegaba nos preparamos para una temporada de juergas, pero la Embajada mandó a anunciar que el Coronel no deseaba agasajos por temor de aparecer inclinado a uno u otro lado.

El costo de las diversiones ha subido desde que llegaron los marinos americanos. Ahora el licor cuesta casi tanto como en Nueva Orleans.

Managua, Nicaragua, 16 de Abril.

Traducido para *Repertorio Americano*, de *The New York Times* del domingo 29 de Mayo de 1927.

El meteco en la guerra

Aniversario del armisticio

=De *La Nación*. Santiago de Chile=

París, ombligo de la locura,
foco del surmenage
donde hago buenamente
mi papel de sauvage.

Rubén Darío

Con el nombre de metecos designaron los franceses a los extranjeros flotantes y gozadores que daban una fisonomía especial a París antes y durante la guerra. La palabra es clásica, griega, y servía a los atenienses para designar a los forasteros que allá como en París, tendrían sus alzas y bajas en el aprecio público. Cada día que pasa voy sumiéndome en esos recuerdos: el pasado es lo más activo que hay en mi vida actual. Casi ocho años seguidos viví en París, desde 1911; ví cómo estalló la guerra, a mi manera, que es lo más importante. Ya sabemos cómo sintieron la guerra los mejores escritores europeos. ¿No sería útil saber cómo la sintió un simple meteco? Estas líneas tendrán, por los menos, el valor de su sinceridad casi imprudente, para no decir cínica. Cuando los extranjeros salieron de París, en vísperas de la Marne, yo me quedé.

Entre los chilenos fuí casi el único. Recuerdo que, en el fatídico mes de Setiembre de 1914 encontré, en la puerta del Gran Hotel, a don Jorge Valdés Mendeville, que se marchaba también. El actual Ministro chileno en Berna, fué el último de los nuestros que se marchó. Yo me quedé en una soledad trágica; porque todo en mi persona gritaba el crimen de ser meteco; mi juventud sin uniforme, mi tipo, mi traje, mi acento.

Pero entonces comprendí yo una cosa muy importante: el secreto de mi raza, o mi verdadera personalidad de ibero-americano.

No tomé partido por ningún bando, fiel a mi papel de meteco. Europa nos desprecia conjuntamente a los ibero-americanos; hacerse ilusiones sobre esto es pura tontería. Lo único que ansiaba yo,—el meteco de entonces—era espectáculo. Yo esperé con ansias una gran hecatombe. Otro meteco formidable y genial, que sintió París de la pre y la post-guerra—Rubén Darío—presagió: "los bárbaros, cara Lutecia". Yo esperaba entonces a los bárbaros con todo mi corazón, no porque deseara el triunfo de Alemania, sino simplemente porque mis nervios, que temblaron tantas veces frente a la Spinelli y la Mistinguett, querían estremecerse en esa visión grandiosa y alocada del paso del Kaiser en la tarde lumínica bajo las gárgolas irisadas de Notre Dame donde dictaría la paz al son de Tannhauser, en diez mandamientos. No ocurrió esto que yo ansiaba ver, pero otras visiones no menos terribles o formidables estaban reservadas a mis ojos pecadores.

"Quiero a Toledo todavía, porque es una parte de mi pasado", dice Barrés. Así me ocurre a mí con París, con ese París, porque ahora es otro. Aún ahora, hago una gran diferencia en la amistad con las personas, o *cómplices*, mejor dicho, que conocieron esas épocas. Así hablábamos hace días de Oscar Tagle Moreno, con Vicente García Huidobro. Hay un embrujo que nos liga a nosotros los que vimos aquello. Eramos en París un gran grupo de metecos que fueron reuniéndose después del primer toque de dispersión. En 1916 ya estaban todos nuevamente a la mesa de París, sin flores entonces, y con otra música, pero París. Recuerdo a los García Calderón, Zaldumbide, Barbagelata, D'Halmar, Huidobro, Cantalapiedra, Sux, etc., etc.

Yo estuve a punto de transformarme en esa cosa laxa e inservible, sin patria ni deberes, cuando sonó la guerra. Este movimiento apocalíptico de pueblos me hizo pensar. En *La Cuna de Esmeraldo*, ese ensayo deshilvanado bajo el juicio final de los zepelines, está mi visión de América con la severidad y la decisión de la guerra. Pero con estilo de meteco.

Lo más importante fué que me sentí americano. Comprendí lo que era ser americano una mañana, de repente, viendo a esa burguesa que, mirando volar a un *taube* en el cielo de París, gritó:

Ils sont forts ces cochons...

Fué ese homenaje la primera manifestación fraternal en un lento pero seguro proceso de acercamiento franco-alemán. Los americanos del Sur, como los rusos, tenemos mentalidad aparte. Yo consideré instintivamente como locura esa guerra de naciones homogéneas por la raza blanca, caucásica, por el origen germánico de una buena parte de Francia, por ciertas costumbres netamente europeas, como el ahorro, el método, el respeto al dinero. Desde mi punto de vista de meteco comprendí que los europeos desbarraban: en vez de unirse para conquistar la América informe y caraculiámbrica del Norte, para luego dominar la América muelle y resignada del Sur, se devoraban entre ellos. Nunca pude comprender ese odio entre pueblos tan sumamente parecidos, vistos así a la luz edénica de mi cuna indo-mediterránea! Comprendí que se trataba de una revolución funesta que rompería el prestigio europeo, que debilitaría al Adán europeo, siempre necesario para fecundar a la Eva india. El grito *ils sont forts ces cochons*, lanzado por los burgueses de París como un suspiro al cielo donde volaban los *taubes*, era un signo lleno de sugestiones.

Por lo demás, repito, yo era íntegramente meteco, bárbaro, y veía en esa hecatombe una gran venta de azúcar, de trigo, de carnes congeladas y salitre. En cada explosivo había ciertamente un poco de salitre chileno, es decir, una parte de roto nuestro, un poco de sudor convertido en peso chileno. Cuando oía hablar de ruptura

de nuestra neutralidad me crispaba. Debo declarar que la inteligencia chileno-argentina entonces, que nos permitió permanecer neutrales, ha sido el único signo de virilidad, de serenidad y promesa de fraternidad continental que ha dado nuestra América. Entonces Chile y Argentina manifestaron la fuerza para imponer esa ley que, a la fuerza si es preciso, será la unión aduanera.

Ensayemos ahora a hacer revivir esa época en un cuento que comenzará en esos bulevares donde ví desarrollarse tantos acontecimientos y que, ocho años después, he vuelto a ver envejecidos. No soy viejo, pero tan vertiginoso fué todo eso que la mayoría de los personajes y comparsas han desaparecido; la decoración también ha cambiado. Los metecos, de Rumanía, Chile, Argentina o España, dábamos cierto carácter a París, a pesar de todo, por la parte greco-latina que tenemos. Lo que París no ha podido digerir nunca es la aportación de hindúes, senegaleses, australianos, norteamericanos, cipayos, flamencos, serbios y polacos que por ayudarla a salvarse la perdieron. Ahora cualquier viejo *parigot* dirá con una mueca triste que París no es más que un fantasma.

Tenía París una cosa inexplicable que se notaba en todo: *la mesure*; una cosa etérea, fuera del sistema métrico y que sería hecha con un ideal *pain d'épices*. En todo se notaba el corte trazado sobre ese ritmo o medida, desde la comida con la media botella de vino, la fruta, la ensalada y el café filtre. La comida es claro que es alimento del espíritu y norma de todo, como que dos vasos de más alteran el carácter. La guerra rompió eso; lo olvidó. Francia perdió su sonrisa. Yo, meteco, lo noté inmediatamente en el trato que me dieron desde esa fecha fatídica: 1°. de Agosto de 1914. Vamos al cuento:

Aventura amorosa

Pedro Bastías llegó a París precisamente en los años en que agradaba a las francesas el tipo medio medalla romana y medio huaco de Atahualpa. Después, el cinematógrafo ha introducido otro tipo en el corazón de las mujeres, que es el atlético a la norteamericana, con biceps y dólares, escaso cerebro y un maquillaje de sol. Es otro aspecto de la decadencia de París.

Pedro, de sensación en sensación, tenía un corazón apelmazado y esperaba con egoísmo una gran novedad amorosa, un acontecimiento citéreo, que parecía no llegar nunca. Sin embargo, cuando ya estaba próximo a desesperar, se le presentó una chiquilla tal como la soñaba. Era de regular estatura, bien proporcionada, llena de elástica solidez. Pero lo principal es que le comprendió inmediatamente.

Colón vió aves de tierra, pedazos de madera labrada o quemada flotando en el mar el día antes de llegar a Huanahani. Pedro había presentido a la chiquilla por el encuentro de signos en su camino: sueños voluptuosos; mujeres que le sonreían como ángeles en las calles; horquillas en las veredas; arañas en la noche... Era que su alma sitibunda llegaba al amor. Pedro sentía a cada instante el ansia de colaboración sentimental en la sorpresa que causaba su físico en las mujeres. El amor patinaba en París: el *gigoló*, la *trottin*, la *demimondaine*, pequeños arcos de triunfo en la eterna perspectiva amorosa. Entonces establecía los cortantes contrastes con su pasado. La iberoamericana, como la española, espera la embestida casi siempre y para el hombre intelectual es mucha faena desmoronar mujeres. Por eso es triste la vida amorosa y las bellezas son para los profesionales, los conquistadores, los duendes de salones. España es el país de don Juan, tonto y atrevido. En Francia las mujeres pertenecen a los más dulces. Por eso el gran meteco Darío, exclamó: "Mis abuelas están en Castilla, pero mi amada está en París".

La nueva amiga actuó como un bromuro en el organismo erizado del iberoamericano. Pedro amaba ser camarada a la manera francesa, y no marido permanente a la española. Tomaba actitudes lánguidas, a veces, para vivir en amor durable. Ella pareció hecha para comprenderle, por esa parte de apoyo y dirección, conservando siempre la ilusión de debilidad, que toma la mujer en Francia. La vida convulsiva le tenía algo desarticulado, cosa que notó Germaine, que así era el nombre de la niña.

Vivía ella en Batignolles y sus padres la tenían dedicada a un músico de teatro que ella no amaba. Como era modista, se dieron cita todas las tardes a la salida del taller; paseaban en las Tullerías o los bulevares y después la acompañaba hasta su casa, cuando no se citaban en el Círculo que atraía al pobre Pedro de manera diabólica.

Meridionales

Pedro llegó al Círculo de Meridionales a la una en punto y pasó directamente al comedor. El aura de primavera llegaba por las ventanas y movía apaciblemente flores y cortinas. En la mesa de los americanos el grande Tajuña, aventurero con cara de aguilucho, tomaba el café haciéndose nimbos de santo en la frente con el humo de un Romeo. Llegó a París huyendo de la justicia de Chile y vivía como rey. Era como director de esos americanos que él mismo, en su calidad de *gancho*, había presentado, ganando veinte francos por cada uno al día. El *chemin de fer* comenzaba a la una y Tajuña no era hombre de perder esa primera partida donde jugaba el viejo Jacobs que le pasaba dinero *para la mano*. Estaban, además de los americanos, Tranoveano, rumano, Patoulos, griego y Chahuila, argelino. Pedro quería ganar dinero para vestir a su amiga a la última, antes de mostrarla en el Bosque, en el Fouquets y en el Henry bar. Pidió el menú y sonrió porque había *bouillabaisse*, plato suculento como mar en conserva. La claridad del día daba lustre nuevo a la vajilla.

Tajuña llamó a Pedro con discreción y le preguntó:

—¿Hablaste con Sasonoff?

—Aún no. Acabo de levantarme.

—Hazlo sin temor, le hablé de ti. En cuanto llegue puedes dirigirte a él sin vacilaciones. Le hablé ayer y convenimos en que te prestaría trescientos bajo recibo.

Sasonoff era búlgaro, sefardita, es decir, judío español de origen. Residía veinte años en París y se ocupaba de toda clase de negocios fructíferos, especialmente préstamos en dinero y sobre alhajas a fuerte interés, entre la gente más rica y desordenada. Con las alhajas hacía lo siguiente: empeñaba en París, entregaba el dinero y reempeñaba en el Monte de Londres donde pasan el doble. De esta manera tenía un capital flotante fraudulento que le permitía hacer combinaciones.

El círculo de Meridionales, o Meridionnaux, es uno de los cientos de círculos de juego de París, y aún existe en la actualidad. Está situado en el número 15 del bulevar Poissonniére y ocupa el piso principal de un viejo edificio con espaciosos balcones. A pesar de tener categoría de tercera en París, es elegante. Los criados visten librea roja; los camareros y el mayordomo, de negro, como *chez* Paillard. De sus ventanas sobre los árboles del bulevar se ve desfilar la muchedumbre vibrante de París como saturada de verde. Es un centro bullicioso y comercial que puede cerrarse con dos líneas: de *Le Matin* al mercado y de la Bolsa hasta el Crédit Lyonnais. París entero pasa y azota esas murallas como una ola. En la concurrencia del círculo abundaban en esa época los comerciantes retirados, los *bookmakers*, los artistas de segunda orden, judíos, corredores de vinos, alhajas y pieles. Conforme iban llegando los jugadores los apuntaban en una pizarra para llamarlos por orden a los asientos del bacará. Cuando el empleado pasaba la lista se advertía de manera patente el género cosmopolita del establecimiento: Klein, Duval. López, Marlouf, Levy, Berner, Stetenheim, Algunas veces iba la señorita Polaire a buscar a Sasonoff para negocios. Se quedaba en su auto, y los jugadores se asomaban al balcón, rindiendo así tributo a su celebridad. Los pálidos exóticos, americanos o balkánicos eran cosa nueva y habían sido presentados en su mayoría por Tajuña, ese Papa del vicio. Este hombre, de gran prestigio entre los metecos, era alto, huesudo, con nariz halconada; en su cara había siempre una inquietud de oro y placeres. Cada día descubría un nuevo cliente para el Meridionales. Tenía siempre paquetes de medias de seda y dulces para sus tenebrosas aventuras con grisetas. Casi todos los metecos del círculo eran enfermos nerviosos. La concurrencia reposada y estable sentía cierta repugnancia reservada por esos extranjeros sin deberes civiles, sin patria ni moral.

El lema o símbolo del Meridionales es una chicharra; el bichito alegre tiene sus alas membranosas y transparentes pegadas al cuerpo cónico. Debajo se lee en la len-

gua de Mistral: *Lou souleou me fai cantá.* Quiere decir: "el sol me hace cantar". En el papel de cartas y el menú aparece la consabida chicharra impresa en un color verde pálido. Una docena de clientes obesós, con la voz sonora y el acento de Marsella mantienen la tradición de la chicharra, Mirella y la bonillabaisse. En general los clientes franceses toman el círculo con calma. Para ellos es una costumbre y un método; para los extranjeros un trastorno. La elegancia, la galantería de París llegaban hasta esas salas antes de la irrupción de metecos.

Tajuña pidió que sirvieran el café en la sala de juego, donde el *chemin de fer* empezaba. Además de los clientes habituales iban llegando los jugadores profesionales y jóvenes ricos que almorzaban en los grandes restorantes. A poco se remató la banca, signo de abundancia. Se la adjudicó el conde Barol de Pitou en doscientos luises.

A las tres de la tarde el juego ardía. Al lado derecho del conde jugaba el *complemento*, Henstenberg. Todo el interés de la partida estaba entre el banquero y él.

Pedro fué a hablar con Sasonoff como le dijera Tajuña. Lo vió que se defendía de un sablazo de Berner con grandes aspavientos.

—No tengo un céntimo, no tengo nada.

—¿Por qué no le pide a Marlouf?

—Ese crápula desaparece en cuanto tiene dinero para no pagarme. Ahora juega en el Epatant y en el Capucines, exclamó Sasonoff.

Cuando se acercó Tajuña pasándole una mano por el hombro con aire hipócrita, Sasonoff saltó como basilisco. Hablaba un español arcaico, mezclado con términos del bulevar.

—¡Estoy loco!, dijo. ¿Entiendes? ¡Loco, Nadie me paga. Marlouf vive traspillado! con la barba sobre el hombro. Cuando no tiene para yantar, el gorronazo, el sopón, se acuerda de mí. Berner es un *crapule*, un cochino *crapule*, un malandrín.

Tajuña, sin desarmar, le dijo: Preste a Pedro Bastías. Es dinero seguro.

—Ya veré.

—Ahora me voy, dijo Tajuña aparte a Pedro. Cuando le preste, déjeme cien bajo sobre. Y salió con su habano y su bastón.

La jugada

Los criados abrieron de par en par las ventanas para ventilar la sala de juego. Se había terminado el naipe y la segunda serie de jugadores era llamada a sentarse. De afuera, desde el bulevar, esas ventanas echando humo, hacían el efecto de un incendio.

El conde bebió agua: cerraron las ventanas y comenzó el otro naipe. Pedro pidió el corte con la derecha, haciendo *lagarto, lagarto* con la izquierda. Miró a ambos y vió a Sasonoff que se le acercaba.

—Tome los trescientos, le dijo, no quise dárselos delante de Tajuña, porque ese *crapule* le pediría la mitad. Yo sé con quien trato y no preciso recibo.

Pedro jugó todo de un golpe ante la cara horrorizada de Sasonoff, y ganó. Tenía un estómago brutal para jugar, que en las mesas de clubs mixtos sorprendía a las mujeres.

El banquero, impasible, tiró el otro pase. Pedro lo dejó todo y se tendió con un alegre ocho de color rojo. Al ver los mil doscientos amontonados le bajó un alegre cosquilleo desde la cabeza. Jugaba como morfinómano.

—Plántese; págueme; plántese, murmuraba a sus espaldas Sasonoff.

El tallador se volvía, nervioso. Por primera vez parecía perder su corrección. Execraba a los metecos. Una vez, en Biarritz, un gigoló de Buenos Aires, que bailaba con su esposa, le pasó quince veces.

Pedro entregó cuatrocientos a Sasonoff y dejó el resto enterito. Volvió a ganar. Pidió al criado un whisky y el sombrero y salió.

El bulevar le saludó alegremente con el aliento fin de Junio. París era otro. Le pareció que oía por primera vez esa ópera formidable.

—Cien, calle Chateaudun, gritó a un cochero.

—*¡Hué, cocote!*, hizo éste, fustigando a la yegua.

El prestamista Maximoll le preguntó, en cuanto le saludó: ¿Viene a sacarlo todo?

—No, dijo Pedro. Solamente la cigarrera y el reloj pulsera, y sacó los billetes a puñados.

Después se fue a la terraza del hotel del Tango y de las flores, en la calle Pigalle, donde le esperaba Germaine, tomando un bock.

—Vamos a las Galerías, le dijo Pedro radiante. Voy a comprarte de todo.

El hotel del Tango y de las flores era un nido de tanguistas; gente que se levantaba a las cuatro de la tarde para ir a los *dancings*. En ese ambiente todos se conocían; eran los mismos ociosos de Niza, Enghien, Monte Carlo, el bulevar. Pedro era famoso entre esa gente por su audacia para hacer *bancos*. Decían las mujere la pasar:

—Ahí va ese nerviosillo, tan gentil. *C'est un amour*.

Frente al hotel del Tango y de las flores estaban el Hotel Magnolia y Karamazoon, cenas y licores. La calle era un poema.

La guerra

¿Quién provocó la guerra? El meteco vió, en la mesa de lectura del Meridionales, un número de *L'Illustration* en que aparece el señor Poincaré pasando revista a un millón de rusos con el generalísimo Sekoumlinoff. Esto ocurrió antes del asesinato de Sarajevo. Bajo la fotografía dice: *Estamos listos*. Walter Rathenau dijo la verdad: todos los mandatarios fumaban cigarrillos entre los barriles de pólvora.

Cierto día apareció, pegado en la muralla, en la puerta misma del Meridionales, el affiche de la movilización. Algunos socios viejos lloraron y se abrazaron. Entonces los miembros extranjeros se sintieron abrumadoramente extranjeros; miraron esas manifestaciones con torpeza odiosa. Los metecos se aislaron con rapidez vertiginosa.

Los pocos trenes reservados para el turismo recibieron miles de extranjeros ricos que huyeron para disfrutar en otra parte. La guerra empezó en un desorden formidable que aprovechó la hez para satisfacer toda clase de pasiones. Aprovechando el desconcierto de las autoridades, bombardeaban a los policiales con denuncias criminales, anónimas. El 3 de Agosto no quedaba en París ni una sola moneda de oro o plata, ni tampoco una sonrisa. Frente al círculo de Meridionales, los jugadores vieron pasar el primer camión de municiones, hacia el Este, y luego, también, el primer mutilado. La guerra se desarrolló en una calígine de incertidumbre; el mapa de Francia se estrechaba por horas.

Pedro tuvó un arranque, bien pronto reprimido, por cierto. Quiso defender la gracia de Germaine; quiso ser soldado para defender aquello que le llamaba con tanta fuerza: el ritmo, la gracia, el pie de las grisetas, esa cosa que se dilata desde la Du Barry, desde la Maintenon, esa polvareda de oro de historia...

La venganza

En el casillero 16, de la oficina del Hotel del Tango y de las flores correspondiente a la habitación de Pedro había dos sobres, uno con la cuenta de la semana, ascendiente a 87 francos 75 céntimos, y otro con una nota que decía: «Comisario de investigaciones judiciales. Ruego a usted que se presente de urgencia de once a doce, en nuestras oficinas».

Pedro fué puntual: a pesar de la limpidez de su conciencia, tenía un miedo nervioso que provenía de su debilitamiento progresivo. Había perdido su bella audacia del edén Americano. Estaba hético y tembloroso. Por la calle fue haciéndose negras ideas hasta la comisaría.

Con voz imponente el comisario empezó a interrogarle y, cosa rara, esa cara de Francia seria era desconocida para el meteco, habituado a las reverencias que producen las propinas. Pedro vio con sorpresa que su *dossier* o fichero, era tan grueso como el *Petit Larousse* ilustrado.

—¿Qué hace usted en Francia, en estos momentos? ¡Caramba! Mientras nuestros soldados se baten en el frente usted les birla sus novias a retaguardia.

El comisario echaba chispas.

—Soy francófilo, dijo Pedro.

—¡Calle la boca!, gritó el comisario. Usted es espía. ¿Qué hacía la otra noche encendiendo una cerilla en la plaza Pigalle, durante el ataque de zepelines?

—Fumaba, dijo Pedro, con voz seráfica.

—¡Mentira!, gritó el comisario. Usted hacía señales. Y le ruego que se tenga a disposición de la justicia.

Pedro salió como perro corrido, pensando que todo sería obra de Tajuña. Llegó al hotel, pidió un vermouth y dijo a Germaine:

—Mira. Dicen que soy malo. Que arrebato las esposas a los soldados; que tu futuro es un héroe.

—Sí, dijo Germaine simplemente. Mi exnovio está mutilado, pero yo no veo el valor especial de un manco. ¡Es bien triste para el pobre, pero no lo quiero!

La semana siguiente partieron a España.

Joaquín Edwards Bello

Una compensación aciaga

=De *La Libertad*. Madrid.=

NORTEAMÉRICA tiene en este momento la máxima intensidad vital del mundo. Entiéndase la palabra «vital» significando expansión de energía, desbordamiento de vigor. En pocos días ha extendido sus alas sobre los dos Océanos, inscribiendo nombres triunfales en el catálogo de sus héroes. La estela de sus aviones ha diseñado sobre cielos vírgenes el surco de una fecundación como la impuesta a la tierra: el surco que junta en significación doble, material y espiritual, el «cultivo» y la «cultura».

Pero... ¿por qué el nombre de Norteamécа ha de tener abora mismo en el mundo de las fuertes vibraciones de alma una resonancia siniestra? ¿Qué dolorosa compensación impone ese contraste, que empaña con una depresión de valores morales la exaltada victoria del arrojo y la pericia? Leemos con entusiasta simpatía los nombres áureos: Lindbergh, Chamberlin, Byrd... Pero también, junto a ellos, como una obsesión de pesadilla, los otros nombres, espectros anteriores a su propia suerte: Sacco y Vanzetti...

Por espacio de interminables años esos dos hombres han sido balanceados sobre su patíbulo. Condenados a muerte sin la plenitud de prueba necesaria, van siguiendo la errabunda agonía de las apelaciones de Tribunal en Tribunal, de Herodes a Pilatos, con la sádica paradoja de que el escrúpulo legalista de los poderes humanos eleva a proporciones inexpresables el tormento y la penalidad de las víctimas. Nada tan impío como ese celo de falsa justicia. Y agotados ya, al parecer, los recursos de la ley, la suerte de los condenados queda al arbitrio del gobernador de Massachussets, dejando en manos del Poder Ejecutivo la figura final de esa danza de la muerte.

¿Qué importa ya la culpabilidad de esos hombres? Al principio, esto pudo ser el problema Ahora no. Cualquiera que fuese el crimen, la expiación sufrida es superior a él. El mundo entero ha tomado su parte en la causa, y los dos nombres quedan inscriptos con marca de fuego en la conciencia universal. ¿Consentirá la gran nación en que mañana la mano de un verdugo se los inscriba sobre la frente?

Desde los grandes centros de la vitalidad espiritual humana el mensaje de las mayores selecciones ha pedido la gracia de esos reos para salvar el honor de un país y la tradición de justicia de los hombres. Ahora no se trata ya del proceso de dos acusados, sino del proceso de todo un pueblo, cuyo nombre puede ser maculado por el simple gesto de un funcionario ante la superior conciencia de la posteridad.

A modo de ritornelo doloroso, los dos nombres aparecen periódicamente en las columnas de noticias de la vida internacional. Como quien fija la fecha indiferente del término de un plazo, la ejecución estaba señalada para un día del presente Julio. Una vez más, al borde de una tumba que sólo sería abierta por el arbitrio humano, la orden definitiva ha temblado en la boca del que por ministerio oficial podía dictarla, y la noticia, escueta, fría, dijo aún: «La ejecución de Sacco y Vanzetti ha sido aplazada por un mes».

¿Es posible ya? Marionetas macabras, oscilando sobre el cadalso, ¿no terminará el espectáculo atroz de vuestra agonía moral? La minoría de los ciudadanos conscientes que dan a cada país una personalidad inmortal, destinada a transmitirse, ciñéndola como una corona invisible a las sienes de la nación, eleva el latido de una solidaridad fraternal herida. Y en las ciudades sonoras del cosmopolitismo fecundo de los obreros la protesta surge con hervores mal contenidos, rugiendo ante la amenaza.

***

Conflicto entre justicia y ley, entre *jus* y *lex*, entre espíritu y letra, entre la divina abstracción imaginada por los hombres, como superior a ellos, y la convención escrita con la cual intentan darse una garantía social. ¿Os representáis los escrúpulos de conciencia del funcionario que tiene a su albedrío la vida de esos condenados y no se atreve a otorgársela? Para él no ofrece duda la licitud «escrita» de ese derecho, propio de dioses; en cambio, confiesa implícitamente su ilicitud moral, porque se atiene a las contingencias de un proceso humano, en vez de elevarse sobre las consideraciones ocasionales para atender a las eternas. Es un espíritu esclavo de la letra.

Con poco esfuerzo podríamos inducir del caso un juicio total sobre la herencia puritana en la formación civil de Norteamérica. También entre nosotros el concepto de austeridad, tan usualmente confundida con el de puritanismo, corre el peligro de contagiarse con su remedo que es el fariseísmo. ¿Quién no recuerda otros ejemplos en que la adaptación externa a las formas oficiales de la justicia ha querido excusar actos de crueldad en hombres celosos de su rectitud y de su fama cívica? Una educación formulariamente religiosa suele producir tales extravíos.

Si los dos condenados de Massachussets no obtienen la gracia de su vida se habrá consumado un verdadero sacrificio humano. El supuesto delito de esos ciudadanos fue cometido hace años; todas las excusas jurídicas de la pena de muerte (ejemplaridad, vindicta pública, extirpación social del miembro podrido) perdieron ya su razón ocasional; la conciencia de los acusados puede haber sufrido radical modificación. ¿Qué queda, entonces, como razón de su suplicio? Queda la expiación, la muerte sacrificial; la ofrenda a los dioses negros para aplacarlos, compensando la vieja y supuesta transgresión. La justicia ha sido sustituída por el rito. Y como en esas ritualidades cruentas lo que importa es le acto expiatorio y no la culpa de la víctima (cuya inocencia, en otros tiempos, aumentaba la eficacia del holocausto), diríase que el Estado-Dios alimenta su autoridad con la propia inexorabilidad y estridencia de sus fallos.

***

Cultura y civilización; el doloroso antagonismo vuelve a surgir ante nosotros Norteamérica está a punto de sufrir un desequilibrio entre los dos valores. La hipertrofia de uno de ellos puede atrofiar al otro. Pueblo situado a la vanguardia del mundo en su avance material; pero sus valores morales se ofuscan o se desvirtúan. Y el ciudadano que contempla en su rincón «extranacional» el espectáculo, el paso de la Historia, se pregunta angustiado: ¿Cuántos Edison, cuántos Lindbergh, serán necesarios para compensar en la balanza invisible la tortura interminable de esos dos hombres obscuros, cuyos nombres no tienen otra razón para su resonancia universal que su propio martirio: Sacco y Vanzetti?

GABRIEL ALOMAR

Jacinto Aguilera

JACINTO Aguilera es un viejo amigo al que, de un tiempo a esta parte, sólo veo allá de año en año en la fiesta religiosa de la Patrona del pueblo. En ocasiones han pasado dos años y no nos hemos visto. Esta mañana nos encontramos en el camino, inesperadamente.

—Voy de zafada. Si me quedo un rato más amanezco en la cárcel.

Al decir así, cerró el puño, alargó el índice a la altura de la cabeza y se quedó mirándome con los ojos muy abiertos. Voz recia y ademanes recios, es una de las características de Jacinto; otra, cuando va de camino comiendo alguna golosina y se encuentra con un niño o algún perro, se detiene y les hace partícipes de su pan. Afirma que a los chiquitos se les debe dar de lo que uno va comiendo; pero guaro nunca. Un perro muchas veces le gana a un cristiano por lo que lleva adentro. Al afirmar esto último, mi amigo se golpea con fuerza, con la mano muy abierta, el sitio correspondiente al corazón.

Continuó:

—Cada bajada al pueblo me cuesta cinco con seis, eso cobran por chanchito. Me almadeo, grito, vuelo trompadas y amanezco en la jerusa. Vuelo trompadas y las aguanto; pero nunca huigo; yo no soy de los que tiran el pescozón y salen corriendo. El guaro en el hombre no es vicio, es maña, pura sinvergüenzada. El hombre en su casa no se almadea, mayormente si tiene compromisos, como yo.

Estas palabras las reafirmó con gestos contundentes, colocó la mano derecha en mi hombro y me sacudió con brío, sonriente.

—Ahora vengo de la iglesia, vine sólo a eso, a prenderle una candela a las Ánimas, se las ofrecí con tal de que me pareciera un buey que se me perdió desde la semana pasada; el maldito amaneció esta mañana en el patio de la casa. Así soy yo, dando y tomando. Con las Ánimas no hay que jugar, palabra es palabra. Todos tenemos que ser ánimas, cuando se salga el espíritu del calabazo; el calabazo se lo comen los gusanos y el espíritu sigue para arriba a que lo pesen en una balanza; lo que pesa es la voluntá, y los caprichos y los ímpetus de uno. Cuando me acuerdo le rezo al ánima de una señora que una vez, sin conocerme, me prestó veinte centavos para quitarme una goma. Se los pagué al rato, me tantié una bolsa y allí tenía diez pesos, yo no me acordaba. Me quité el sombrero y «Tome, señora, sus veinte y que Dios se lo pague, y tome esta media libra de queso para que eche su tortillita». Ella no me estaba pidiendo nada, pero hay que ser agradecido. Una goma es una cosa que sólo el que la siente sabe lo que és: se lo llevan a uno todos los demonios si no hay quién le preste.

Hizo otro gesto muy expresivo y me asió el brazo con energía, siempre sonriente.

—Ya columbro los setenta y cinco años y siempre tirándole: vivo íngrimo en mi casita, me levanto a las cinco a hacer el café, lo tomo, si hay pan, con pan y si no, vacido; trabajo con los demás peones y a ninguno le como gallina todavía, aunque ya el calabazo está viejo y me quiere doler la centura.

—Es malo beber porque uno se asesina tomando; pero Dios da la caña para que hagan el guaro. Los patrones se calientan porque beben los peones, pero no es por buscarles bien. Ellos serán honraos porque no beben; pero le chupan al pobre toda la sangre, porque las juerzas son sangre, para hacerse más ricos y tener más. Hora quien sabe hasta cuando volveré; vine apenas a aprenderle la candela a las Ánimas. Yo no soy rezador ni cargo rosario ni medallas, *(se desabrochó el cuello de una camisa muy sucia de sudor y de tierra)* no cargo más que esta cruz *(una cruz de madera, negra y pequeñita, colgada al cuello por medio de una cinta descolorida y sucia)* desde hace muchos años. Con esto tengo y con decir: «Jesús Nazareno... Jesús Nazareno...» *(pronunció estas palabras con respeto conmovedor)* cada vez que me veo en algún peligro. Los rezadores son los biatos, le tienen una gran terronera al Infierno y por eso están siempre reza y reza, y andan con rosario y medallas de los santos. Pero ven a un pobre en una necesidá y no son para decirle: Tomá hermano.

. . . .

. . . .

Nos despedimos. Al cabo de un rato miré hacia atrás; Jacinto Aguilera iba por mitad de la cuesta, encorvado, con el saco de gangoche al hombro, el sombrero de paja sucio levantado de ala sobre la frente.

Me invadía un sentimiento de ternura al contemplar la planta desnuda de aquel hombre, impresa en el polvo del camino al alejarse en sentido opuesto al que yo llevaba. Pensé si nos volveríamos a ver alguna vez.

RUBÉN COTO

San José,
Costa Rica.



Réquiem por Güiraldes

Por

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

TENÍA Güiraldes cetrinidad y cara alargada de un Góngora de por allá. Había agrura en su rostro, en vez de ese aire redondeado y adolescente de otros jóvenes amanecedores de la Argentina.

Güiraldes se presentaba ya en sus primeros retratos como recién apeado del potro cargado de cuerdas, como si su jinete fuese a sondar el mar.

Su estética se escapa a una clasificación, y por eso queda fuera de todo grupo. Oigamos cómo la resuelve:

"No creo en la poesía realizada según una definición. La poesía es aquello hacia lo cual tiende el poeta. Esta vaguedad me parece preferible a todo sistema. Apunto, abreviando, una parábola de Ramakrisma:

»Un devoto tenía dos hijos, a quienes puso bajo la tutela de un maestro espiritual, a fin de que se instruyeran en el conocimiento de Brama. Vueltos los dos hijos al hogar, el padre, deseoso de saber lo que habían aprendido, los interrogó por orden de edad. El mayor hizo una sabia y erudita disertación; el menor cayó en éxtasis: "Tú sabes lo que es Brama" dijo el viejo devoto al último de sus hijos."

Patrón de su rancho, define cómo se le presentaron de sorprendentes los días de su santo y conste que llamo días de santo, esos que se presentan más lucidos y tremulantes que los otros días.

El cencerro de cristal fué la joya conseguida, en lo submarino, por la cuerda revuelta en el arzón de Güiraldes.

Nos llegó en aquella fecha, y gracias a aquel libro percibimos un eco trasoceánico, con balbuceos de la garganta del mar, con percusiones de laringe que, desarraigada del cuello, tiene algo de fauna abisal.

Güiraldes contribuía a la poesía de su tiempo, pero él era más espeso, más de tierra adentro, más retrepado en sí mismo.

En *Xaimaca* tomamos un tren andino, con cristales palpitantes de rocío y luces de la nueva mañana, que se mete a descansar en el tren, echándose sobre los divanes del Pulman todo el lúcido espíritu del paisaje.

En aquel viaje con retales de friolencia, que hacen que ennovien los viajeros, como en reacción contra el cendal gélido de las alturas, disfrutamos de la primera excursión en coches modernos por las alturas americanas, embufandados de novedad y sonriendo al ver en las estaciones indígenas con rostros de momia, envueltos en telas con rayas maravillosas, tal como si el Egipto se levantase en otro sitio a nuestro paso.

El Pulman de la obra de Güiraldes ascendía siempre sobre el tobogán cruzado de montaña rusa, que eran las leguas escarpadas, mientras un noviazgo de ricos se iba combinando con el viaje.

Nosotros mirábamos y veíamos por las ventanillas, y el noviazgo no nos distraía de la luz sobre los helechos. La serpiente del tren, que andaba sobre curvas de pie, absorbía alcoholes de madrugada.

Telégrafo y casitas de madera, hechas de listones, se situaban a nuestro paso, y todos los viajeros parecían cómicos de cinematógrafo que no acababan de elegir sitio para la película. De aquello nos quedó emoción de haber subido en un elevador loco de millas.

Después Güiraldes, en apartamiento de la ciudad, compuso *Don Segundo Sombra*, con su nombre imponente y su azabachesco antifaz de barbas colgado del rostro pálido.

Esa otra Rusia de la Pampa estaba metida en la novela.

En sus páginas, renegridas de decires y de diálogo, se veía asomar la Pampa con su rostro de toro campeón; ese toro pleno de arrobas y que presenta la cabeza llena de medallas, en somnolencia y brumosidad de búfalo, con algo de esa crespura de amanecer detrás de siglos y marañas que caracteriza a los búfalos.

Güiraldes iba más campante en ese libro, sobre caballo ya muy hecho y que enseña las venas de la velocidad en las nalgas.

Se le veía sobre un mar vacuno, vadeado a caballo, buscando una pulpería, esa estación sin trenes, esa estación de caballos, en que se dan y se reciben las botellas a través de una verja, dando a suponer eso la fiereza de los hombres que salen de grandes soledades y traen la valentía desaforada de los amplios horizontes.

Güiraldes pintó esos hombres extraños, que son sombras de un querer explorador y misionero, que son conmovedores en sus paradas, pero no se demoran mucho en ellas, y que cuando realizan su acto más pacífico y compadecido es cuando dejan beber a su caballo en el río soltándole las riendas a toda voluntad, quedando montados como en giba de camellos, por su condescendencia y su abnegación ante la sed.

Quedará esa novela de Güiraldes como un formidable monumento en que está divulgada, sin gringadas, el alma seria de la Pampa.

Güiraldes quedará también en nuestro recuerdo como un tipo fiero, incapaz de traición, clásico de sus plumadas, caballeroso de sus ideas.

La muerte en venganza, de los lazos que él trazó en el aire para atrapar imágenes, atravesando su cuerda las llanuras, más con la valentía del telégrafo que del lazo, le tiró una lazada de bandido, y le ha ahogado apretando su garganta y llevándosele al sitio de las descripciones sobrecogedoras, como a predilecto que entretenga su largo asueto.

(Revista de Occidente, Madrid.)

Las palabras de Lugones en el sepelio de Güiraldes

En San Antonio de Areco

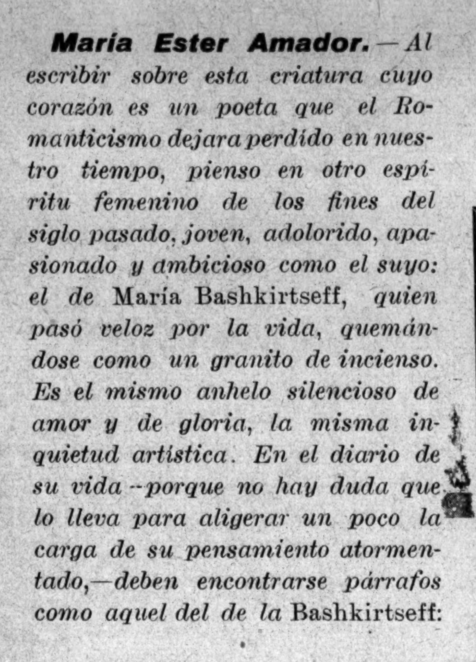
El tren expreso llegó a San Antonio de Areco a las 15. El andén de la estación se hallaba repleto por una multitud formada por gentes del lugar, que habían acudido a rendir su homenaje al joven escritor, cuya figura fué tan familiar y querida en aquel pago. Cerca de la estación se veía una enorme cantidad de paisanos a caballo que aguardaban la organización del cortejo. Y cuando éste constituído, por una larguísima fila de automóviles, se puso en marcha hacia el cementerio, los jinetes se alinearon en filas dobles a ambos lados de los coches, escoltándolos así durante el largo trayecto. El espectáculo era realmente soberbio, y sobre la concurrencia llegada desde la capital produjo una visible emoción.

En los rostros viriles de los paisanos, gallardamente montados, se advertía el sentimiento sincero con que acompañaban, en una actitud espontánea y noble, al féretro del escritor que fué a la vez su poeta y su ami-

(Pasa a la página 381)

Página lírica
de
Clara Diana

=Tomada del libro en prensa, *Atardeceres*=



María Ester Amador.—*Al escribir sobre esta criatura cuyo corazón es un poeta que el Romanticismo dejara perdido en nuestro tiempo, pienso en otro espíritu femenino de los fines del siglo pasado, joven, adolorido, apasionado y ambicioso como el suyo: el de* María Bashkirtseff, *quien pasó veloz por la vida, quemándose como un granito de incienso. Es el mismo anhelo silencioso de amor y de gloria, la misma inquietud artística. En el diario de su vida—porque no hay duda que lo lleva para aligerar un poco la carga de su pensamiento atormentado,—deben encontrarse párrafos como aquel del de la* Bashkirtseff:

«Me parece que nadie ama tanto «todas» las cosas como yo; las artes, la música, la pintura, los libros, a la gente, los vestidos, el lujo, el ruido, la tranquilidad, la risa, la tristeza, la melancolía, la broma, el amor, el frío y el sol; todas las estaciones, todos los estados atmosféricos, las llanuras tranquilas de Rusia y las montañas que circundan a Nápoles; las nieves en el invierno, las lluvias de otoño, la primavera y sus locuras, los serenos días del estío y las hermosas noches con brillantes estrellas... Lo adoro y lo admiro todo. Todo se presenta ante mi bajo aspectos interesantes o sublimes; quisiera verlo todo, poseerlo todo, abarcarlo todo, confundirme con todo y morir, puesto que es preciso, dentro de dos años o de treinta años; morir en éxtasis, para experimentar ese último misterio, ese final de todo o ese comienzo divino...»

. . . .

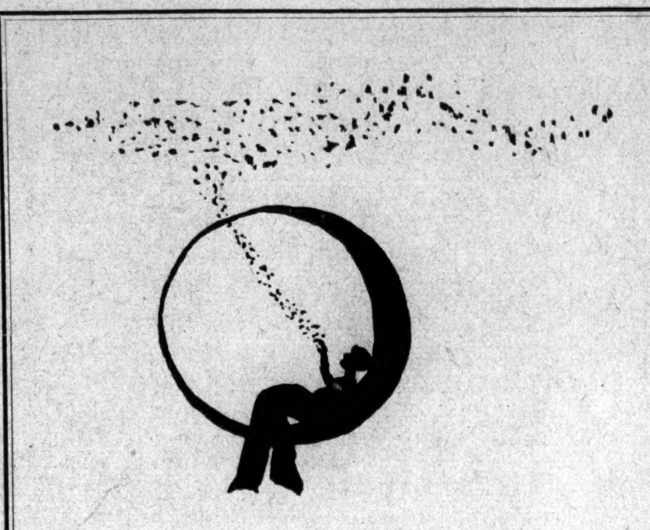
¡Nerto, Clara Diana, María Ester! Es el cuadro de Rossetti Rosa Triplex, *con sus tres doncellas de boca doliente y voluptuosa, cabellera abundante suelta sobre la espalda y en las manos desmayadas y febriles las rosas de la vida marchitándose ansiosas de ilusión y de esperanza.*

. . . .

¿Quién es esta Clara Diana que quiere alargarse «hecha guirnalda que fuese prendiendo florecitas de color por las orillas del camino»?

Es una muchacha enferma, recluida la mayor parte del tiempo entre las paredes de su cuarto, cuya tristeza vive soñando con la alegría y el amor en sueños tan intensos, que la realidad con que los viven otros es apenas una sombra comparada con ellos.

Hace sus pequeños poemas, como los tejedores de tapices su obra: se coloca del lado del revés de la vida y pone todo el encanto de su trabajo del lado derecho, del lado que no se puede ver sino reflejado en un espejo.



Clara Diana

Clara Diana dice su nombre, blanco como un rayo de luna, claro y transparente; evocador de espumas o de nubes o de níveas corolas intocadas.

Sus palabras: son también blancas como polvo de estrellas que recogiera en el hueco de su mano y con leve soplo echara luego a volar por el espacio como inquietas mariposas o como las golas albas de un millar de margaritas.

Y blanca es también la huella que sus páginas hondas dejan en el corazón de quienes saben gustar en ellas toda la espiritualidad de un alma atormentada por un deseo lleno de luz.

Mariposa

. . . .

Las breves páginas de esta mujercita cuya enfermedad la rodea de un nimbo de melancolía, me hacen pensar en las gotas de rocío que el frío hace concebir en el seno de la noche, y que amanecen fulgurando como chispas desprendidas del sol en la corola de una flor roja.

Carmen Lyra

Diciembre de 1927.

Campestre

A la dulce Carmen Lyra, *muy afectuosamente.*

Oh inquietud de esta mañana campesina! El camino humedecido y las ramas temblorosas, brillantes bajo el sol. ¡Oh la inquietud de mis pies por calzar las mismas sandalias con alas de esta alegre mañana! Y el anhelo de mi cuerpo por tornarse bejuco, que floreciera en una maravilla de sutiles campánulas. Locura primaveral brota en mi espíritu, cuando estas serpentinas del viento agitan mi cabeza. Sufro ahora una gran sed de espacio, un deseo de irme con el viento. Me tortura el ansia de alargarme hecha guirnalda que fuese prendiendo florecitas de color por las orillas del camino...

¡Oh mañana perfumada de esencias rurales, bañada de luz diáfana!, si parece que en el aire flotan despeinadas la sedosas trenzas de Mireya, la dulce novia de Vicente.

Lo que daba el idiota

Aquel hombre, bajo la luz del sol, tiraba a la tarde uvas y flores. Las gentes que pasaban, asombradas primero y ansiosas luego, se acercaron a recoger lo que aquel idiota,—según ellos, estaba tirando.

En algunas manos murieron muy pronto las flores maltratadas. En otras, iban temblorosas aromando el ambiente. Las uvas hicieron daño en unas bocas; en otras, fueron un manjar exquisito y bondadoso.

Hacia el anochecer, sentado el hombre en una piedra, pensaba: «Floreció mi jardín y eché al aire las flores e hice lo mismo con las uvas. Quizá algunas flores ya habrán muerto; otras estarán exhalando sus esencias. Unas uvas habrán sido nocivas para algunos; y otras fueron deleite en unas bocas. Yo dí mi cosecha; ¿acaso me interesa saber el efecto que produjo en las diversas manos? Ya están floreciendo mis rosales y mis viñedos están madurando. Cuando recoja la cosecha, daré nuevamente uvas y rosas y habrá quien las reciba. Uvas y rosas seguiré tirando al aire... Esa es mi misión: dar uvas y rosas».

Sueño de guijarro

Ese guijarro pequeño y bermejo, que está medio hundido allí, a la vera del camino, seguramente fué traído por las corrientes de lluvia, en los inviernos.

En una noche muy oscura, el guijarro sintió que se agrandaba y que ascendía. Cada vez era más grande y estaba más alto y su carne mineral se hacía luminosa. Una enorme cauda completó su cuerpo, como fúlgida cabellera y por fin, en una altura infinita, fué hermano de los otros mundos celestes, fué pestaña luminosa en el éter, fué un sol en el espacio!

La aurora prendió rosas tenues por todas partes. Comenzó a poblarse de rumores el camino y oh miseria, el guijarro se encontró en su campito, pegado a la tierra, y cubierto de polvo; él, que se creía resplandeciendo allá muy alto. A su lado vió, caída, una florecita leve y perfumada, la que lo había embriagado con su aroma y lo había hecho soñar cosas tan bellas!

Así, mi alma, colmada de sueños, entre la impotencia de mi ser, que cual guijarro, vive a la orilla de un árido camino y tiene divagaciones estelares...

¡Oh las piedras tan lejos de los astros!

Febrero de 1926

Sombras en la sombra

A doña Angela Baldares de Guerra, *con mi simpatía.*

Sombra, es vaga oscuridad; es la confusión de los contornos hasta perderse la forma de las cosas. Así, no podemos reconocer en lo oscuro, aquello que nos es familiar.

Al decir sombra, tenemos la idea de suavidad, de quietud, de ensueño. Cuando la sombra es tenue, como sucede al anochecer, pueden destacarse sobre ella otras sombras menores. Me agrada mucho observar siluetas humanas en un campo sombrío. Se ven apenas los perfiles móviles. Las cabezas semejan frutos oscuros de contorno redondeado. Una mano levantada parece una flor con los pétalos arrollados. El perfil de un rostro es tan vago, tan grácil y tan inquietante!

Mirando a las siluetas moverse, como jirones de oscuridad, sobre un plano oscurecido, he tenido la impresión de las almas y su destino: sombra éste y sombras aquéllas.

Fluctúan las almas sin ver claridad en su camino. Teje cada cual en su huso, sin darse cuenta de la calidad de su hilo. Unas tienen madejas de tersa, de sutilísima seda; hilos de oro, como cabellos de sol, puso el Destino en otras manos; a algunos les dió hebras burdas, ásperas; a otros, ovillos blandos y plateados como algodón de luna.

Tejen las almas en la sombra y van haciendo distintos arabescos: primorosos unos; inconclusos quedan otros; toscos salen algunos.

Son las almas, celestes arañas tejedoras; aves migratorias, que vienen a fabricar su nido en la sombra del ramaje—a veces palacios de pluma y de raso; cuevitas de arcilla y de yerba en ocasiones.—Pero nido siempre, que todas dejarán, para volar, como siluetas del Destino sombrío, hacia La Luz ultraterrena!

Sonata en negro

Agitan el espacio, alas de cuervos. Entra en los huesos la palabra oscura: abracadabra y serpientes de negro terciopelo rayan el vacío.

Sombras abismales cruzan la alta noche y las ideas se envuelven en mantos dolorosos. Hay manos ultraterrenas agitándose en la sombra y voces macabras brotan en el aire. Una ronda de perros negros recorre los caminos aullando extrañamente, hablando quizá con las formas que pululan en la sombra.

Negra la noche y negra también mi soledad en el misterio nocturno...

Mayo, 1926.

Un domingo del pueblo

El domingo es una págima blanca. La naturaleza despierta con un aleteo de risas y de murmullos joviales. Los bejucos trepadores tienen campánulas colgantes. Sobre las corolas, un inquieto aletear de mariposas. Adornan las montañas sus cuellos imperiales con collares de zafiros. Se despereza el Irazú enarbolando un jirón de humo. Tiene el cielo una diafanidad de turquesas, que refleja el vuelo de pájaros viajeros. Parecen menos duros los caminos y el zacate trashuma frescura.

Van las gentes muy limpias a la misa, en una confusión de voces juveniles y una armonía de risas francas. Las muchachas huelen a los aromas matinales y tienen una gloria en las pupilas... quizá es que en ellas se refleja la visión del novio.

Mis ojos contemplan con una admiración de chiquillos torpes. Y en mi alma también se reflejan aquellos ojazos...

III

Envuelto en harapos, un mendigo se llegó a una casa rica, e imploró una limosna al dueño. Este lo despidió diciéndole: «Nada puedo darte pues he hecho un gran gasto para agradar a Dios».

Acababa de obsequiar a una iglesia, un altar de preciosa madera, de rica y complicada labor.

Esta es la caridad invertida.

V

Mi caballo corría veloz. De repente ví, cómo un niño estaba frente a las patas del caballo: el peligro era inminente. En esos instantes no surge la reflexión sino el instinto y así fué como forzando el freno, hice girar y retroceder al animal. El niño se salvó, pero estuvo a punto de morir, por defender de los cascos, la bola con que jugaba.

Pensé entonces, cuántos seres dejan destruir su porvenir—que pudo ser útil y noble—bajo los corceles de la vida, por salvar una bola inflada de torpe vanidad.

Del dolor

Es tan humano el dolor y es tan divino!

Lo considero como patrimonio del espíritu. Tiene una fuente única de atenuación, cuando lo tenemos en la soledad—en la vasta y honda soledad del alma—cuando no debemos ni podemos decirlo en balsámicas confidencias. Ese alivio, es el llanto, en la sombra de nuestro silencio. Son las lágrimas, que nos queman las pupilas, pero refrescan el alma, como una agua clara. Nos alivian el espíritu, opreso bajo muchas emociones y sensaciones, a veces amalgamadas desde tiempo lejano.

Al llorar se debilitan muchas fuerzas que estaban acicateando, ahogando, desgarrando sensibilísimas fibras muy hondas.

El dolor, sentido como algo superior, como educación espiritual, como visión clara del más real aspecto de la vida, es una nobleza, a la cual se amparan espíritus de un linaje superior!

Poetas de la Revolución Mexicana

Manuel Maples Arce-German List Arzubide-Gutiérrez Cruz

Se han terminado todas las tentativas y posibilidades del futuro—la obra artística definitiva se plasma en estos instantes: fuerza y carácter en base política y económica. La obra índice de esta hora de realizaciones pueden ser los poemas de Manuel Maples Arce—la novela *Los de Abajo*, de Mariano Azuela y los frescos de Diego Rivera y Orozco. Cada una de estas manifestaciones responden a los objetivos de la Revolución Mexicana—el termómetro donde se mide la esperanza de Indoamérica.

Pocos, pero grandes hombres los que aplican el Arte a la Revolución, no la Revolución al Arte como creen menguados escritores de nuestra América que tienen como meridiano España o Francia, ya que no Rusia por cobardía.

Nosotros nada le devolveremos a Europa, porque nada le debemos, a no ser la destrucción de nuestra cultura autóctona. Pero sí, importaremos arengas rojas del espíritu a enredar las calles donde el proletariado tiene derecho a la vida. Que lo sepan por última vez los hombres de Europa que América despierta, estremeciendo sus montañas de gritos. Y uno de estos gritos de incendio proletario es el libro *Poemas interdictos* de Maples Arce, el mentor del *estridentismo*, escuela plasmada en la vida, porque nunca tuvo programa. Los programas no salen de los cerebros, sino los plasma la vida, y por eso es hoy la única fuerza capaz de subrayar una época en la historia.

Poeta que sabe decir:

Noche adentro
los soldados,
se arrancaron
del pecho
las canciones populares

En su mismo poema *Revolución*

Trenes militares
que van hacia los 4 puntos cardinales,
el bautizo de sangre
donde todo es confusión,
y los hombres borrachos
juegan a los naipes
y a los sacrificios humanos;
trenes sonoros y marciales
donde hicimos cantando la Revolución

....

Allá lejos,
mujeres preñadas
se han quedado rogando
por nosotros
a los cristos de piedra.

Sólo América y Rusia pueden producir fuertes emociones, y por fortuna tenemos poetas como Maples Arce que levantan el nivel de la poesía a la altura de la lucha social. Esto es un ejemplo para todos los poetas jóvenes que equivocada o intencionadamente creen hacer «arte puro» por vanidad burguesa.

German List Arzubide

Otro poeta de la Revolución Mexicana, convencido de que «el arte es la expresión más genuina y más honda de un pueblo», que con M. A. se han impuesto sembrar en América desde México, con *Horizontes* y publicaciones populares, la única semilla que germinará en las conciencias: La Justicia.

Es el poeta nacido para decir palabras proletarias de consuelo. Qué alegría sacude su optimismo! Nunca ha sentido la necesidad de remendar sus poemas con vanas palabras de orfebre—es cáustico en su expresión deshabitada de mentiras, por eso llega a los espíritus humildes, para quienes está el triunfo de la Revolución.

Copia al azar este poema de su libro ***plebe:***

Campesino
que vives en derruida cabaña
espiando el horizonte para ver si la lluvia
[se aproxima
afila la guadaña,
que va a lucir el sol sobre la cima
y es la hora de segar;
ya está el grano maduro
y la mano del patrón ya quiere el grano
siega pronto esa mano
que te quiere robar

....

....

El hombre era un grito de sombra,
un siniestro rugido

....

La noche comanditaria del crimen
borró la sombra y apagó la voz!

List Arzubide está haciendo de su vida la bandera con que los campesinos cubrirán el sol de los campos.

Carlos Gutiérrez Cruz

El cantor genuino de los obreros y de los campesinos, él mismo un obrero intelectual, con la pureza del trabajador.

Al minero

Minero renegrido de tanta y tanta sombra,
el hombre que te nombra,
te imagina
en el sórdido seno de la mina,
con hambre muchas veces,
pero sacando a creces
el oro que germina.

Compañero minero,
doblado por el peso de la tierra,
tu mano yerra
cuando saca metal para el dinero.
Haz puñales
con todos los metales,
y así,
verás que los metales
después son para ti.

Su poesía tiene el ritmo clásico, mejor instrumento de agitación en las masas. Sencillez y claridad son sus elementos fundamentales. La metáfora para él y para mí es un bello pretexto de servidnmbre a la burguesía, cuando no es empleada directamente para el servicio de una causa y de una política.

Sangre Roja su primer libro de poemas, reafirma su espíritu revolucionario, fuera del mercado de las fluctuaciones cotizables. Ya sabemos que los poetas se venden como cualquier meretriz al oro. Y afirmamos con este poeta más, nuestro frente de trabajadores intelectuales, por la realización de la Justicia y por la unidad política de América.

Serafín Delmar

México D. F. 1927.

El cuento de Pulgarcito

=Arreglo de José María Zeledón. Del tomo en prensa, *Album Infantil*. Versos para niños.=

Hubo una vez, há tiempo, cerca a un bosque ce-[rrado
un padre y una madre leñadores; el Hado
siete pequeños hijos concediera a su amor.
Pobres como las ratas, sin pena ni cuidado
vivían...
Pero ¡vamos! ninguno habrá olvidado
el cuento de aquel mago de los cuentos: *Perrault*

Lo que a mí me interesa recordar, lo inaudito
fue cómo aquel pequeño y endeble *Pulgarcito*
a sus otros hermanos—mayores que él—libró
de la noche, del frío, del hambre, sin un grito,
con la fe, la constancia y el anhelo infinito
de encontrar el camino que su audacia encontró.

¡Recordadlo! Los siete por el bosque extraviados
con sus catorce ojillos llorosos, angustiados
en la profunda noche temblaban de terror...
de pronto *Pulgarcito* sus bracillos menguados
sacude, y comprendiendo—vivaz—que están contados
los minutos para una libertadora acción,

se abraza a un árbol, puesta su visión en la altura,
hinca las pobres uñas en la corteza dura
del grueso tronco, opuesto con salvaje vigor
y entabla heroica lucha, lucha que en su bravura
creciente, aun a despecho de la desolladura
de sus manos, ha dado grave acento a su voz.

Su frente sangra, bueno, ¿qué importa? hay en su [pecho
hondas desgarraduras, pero él siente el derecho
y el deber de empinarse: sangra su corazón,
pero él dice a los suyos sintiéndose deshecho:
«No lloréis, que ya subo, ya se divisa un techo»
y al decirse más fuerte se debate mejor.

Por fin sube, ya alcanza las ramas de la cumbre,
y al' mirar a lo lejos cintilar una lumbre
que para sus ensueños era la salvación,
derrama en el abismo de aquella incertidumbre,
de aquel dolor inmóvil, de aquella muchedumbre
oscurecida, un chorro de fecundante sol.

Y al descender, trayendo la visión de un camino
era otro sér, sus gestos crecieron, el Destino
puso en sus manecitas el cetro director,
y ordenando la marcha, como un pastor divino
condujo aquel rebaño quebrantado y cansino
al traves de la selva, tras de su convicción.

Pulgarcito ¿qué importa que a casa del malvado
Ogro a tus hermanitos llevaras engañado
siguiendo los senderos de un ignoto fulgor?
¿Qué importa si tu ingenio más y más denodado
de los nuevos peligros también los ha salvado?
Qué importa, *Pulgarcito* del cuento de *Perrault*.

Albricias, *Pulgarcito*, cual nuevo Prometeo
que escalara los cielos, orgulloso te veo
conquistar para el hombre fuego, y luz, y calor
—fuerza eterna—al empuje de tu heroico deseo.
Eres Moisés guiando la fe del pueblo hebreo,
eres Jesús, el fuerte y el dulce conductor.

Eres como el Vidente, eres como el Profeta,
llevas en ti las fuerzas ocultas del Poeta
que se redime sólo del humano baldón
sufriendo —¿quién conoce su tragedia secreta?—
para guiar en la sombra de prejuicios repleta
la humana muchedumbre de alguna estrella en pos.

Eres símbolo y vives en los cuentos aquellos
que a los niños se cuenta. *Perrault* te puso en ellos
como chispa encendida de un fuego superior
que alentará en los hombres con sus vivos destellos
las redentoras ansias, los pensamientos bellos
y los nobles impulsos para la abnegación.

Raúl Odin

De los rosales de Diciembre

Así están las almas
alegres y limpias,
como las campanas
claras de las misas,

en los mañaneros
domingos floridos,
y los malos, buenos
y los pobres, ricos,

por este regalo
de tu fiesta, Niña
de los Cielos, Arbol
alto, d'Alegría.

Ingenuo cohete
que inflamado sube,
entusiasmo breve
de fuego que luce

rubia cabellera,
somos, por tu Espiga,
la mejor estrella,
Virgen concebida

sin mancha de sombra
y de gracia plena,
toda, toda hermoso
para siempre bella.

Rumor de aguas mansas:
dulcemente locas
se agitan las almas
como banderolas.

Pastoras de sangre,
oro campesino
de los *jalacates:*
mi alma se ha vestido

con el más flamante
de sus trajes nuevos.
Como tus altares
así estoy por dentro,

por la rica flora
de tu gracia plena,
Virgen toda hermosa
para siempre bella.

A. H. Pallais,
Pbro.

go. Pocas veces se había visto en nuestra tierra una expresión más elocuente del tributo popular, rendido a un hombre que supo conquistarlo tan sólo por el talento y el amor a las cosas nativas

Cuando el numeroso cortejo llegó al cementerio de San Antonio, ya se hallaba allí congregada otra gran cantidad de pueblo. El sepulcro donde debían ser inhumados los restos aparecía cubierto de coronas y de flores que la gente había ido amontonando en ofrendas sucesivas.

La oración fúnebre

Ante aquel enorme concurso y en un ambiente de profundo recogimiento tomó la palabra don Leopoldo Lugones, para expresar ante la tumba de Güiraldes el homenaje de los que fueron sus amigos intelectuales y compañeros en el Comité Nacional de la Juventud. Sus palabras, profundas y lapidarias, fueron escuchadas con intensa emoción:

Sólo se despide con el último adiós a los que no habiendo hecho más que pasar por la vida, acaban para siempre en la tumba que cierra sobre ellos las puertas de la eternidad. El artista que alcanza un acierto definitivo, es, como decían los antiguos, señor del tiempo, y su cortejo fúnebre no constituye un acompañamiento final, sino un homenaje a la inmortalidad

Réquiem por Güiraldes

(Viene de la página 376.)

conquistada. Este concepto general corresponde a la representación que me ha confiado su palabra para recordar con ella una actitud viril, en la cual, junto con el amigo, ejemplar en eso también, dimos la cara por la patria y por la civilización. Así fué como, trabajando y luchando, nos sentimos felices de ser hombres; de suerte que no será de extrañar, si lo que traigo aquí es un sereno panegírico, substrayéndome al fácil recurso de provocar lágrimasque se están saliendo solas.

Así habríalo querido también ese valiente, cantor de valientes. Así el estoicismo de la raza que a tan alto temple que exaltaba en él, y que para no empañarlo, siquiera fuese con el rocío del alma, pone en su dolor una sequedad de hierro.

Ricardo Güiraldes no se va. Al contrario; su resolución, hoy cumplida, de volver, significa que, en realidad, viene a quedarse. Su manda de reposo en la tierra familiar, directamente cavada como para un árbol, expresa la voluntal de arraigar en definitiva. Así lo estaba ya en el alma nacional por la virtud de su espíritu. El libro que tuve la dicha de celebrar en su momento, *(Don Segundo Sombra)* realiza la tercera jornada épica de la literatura nacional. cumplidas las otras dos por *Facundo* y por *Martín Fierro*. El completa la trinidad que señalaremos con orgullo, cuando el extranjero nos pregunte por las expresiones genuinas del país, como un luminoso certificado de raza. De tal suerte entran a vivir en ella los autores de tales libros, y éstos definen a la nación por la belleza, como la bandera la define por la gloria. ¡Cómo vamos a salir entonces, mostrando ante tan excelsa luz la miseria de nuestro llanto!

Este es, pues, el momento de los laureles. Dijérase que a ello ha contribuido hasta el lugar de su trance, aquella capital luminosa que tanto amó, integrando con ese afecto una característica de los grandes argentinos: la pasión de la cultura universal en el profundo amor a su tierra. Vencido por la debilidad corporal que iba aligerándole el alma en anticipada elevación de vuelo, entornó con la serenidad de los buenos y de los fuertes sus ojos claros de niño preguntón; y para decirlo con la más cariñosa de sus metáforas, el gran sueño cayó sobre él como una parva sobre un chingolo.

Feliz quien puede dormirlo así, bajo la dorada pesadez de sus mieses.

(La Nación. Bs. As., 16-11-27.)

Tres...

TRES eran las chiquillas, y una sola su pena. Las tres de negro, por el mismo dolor.

Muy juntitas en su negro, porque mucho une el mismo sufrir.

Eran tres ellas, y su pena una sola.

El dolor es un árbol, su pena una rama; ellas, tres pajarillos.

Eran tres hermanas, y su pena hermandad.

Y, fue su defensa unirse en su pena; juntas van y vienen en triste simetría, como esas avecillas que juegan con las olas, que parecen atadas por un ritmo interior.

Eran tres chiquillas y una sola su pena...

MAX JIMÉNEZ.

Diciembre, 1927.

Bibliografía titular

Libros y folletos recibidos en la semana

Donación de los Autores:

J. R. Wendehake (Front Str. N.° 7,025 Colón R. P).—*Vida orejana*. Descripciones de tipos y costumbres lugareñas. Colón. R. P. 1926.

Sergio Núñez (Quito. Ecuador).—*Un pedagogo terrible* o *El vientre de una revolución*. (Episodios novelescos y novelísticos de una etapa de vida nacional). Motivo de Latorre. Primera parte. Quito. 1927.

Manuel Rojas. (Casilla 3323. Santiago de Chile).—*Tonada del transeunte*. Poemas. Editorial NASCIMENTO. Santiago de Chile. 1927.

Luis Cané. (Talcahuano 451, 3er. piso; derecha. Buenos Aires. Rep. Argentina).—*Tiempo de vivir*. Poesías. BABEL. Buenos Aires. 1927.

Samuel A. Lillo. (Av. Brasil, 552. Santiago de Chile. 1926.).—*Cantos Fi-liales*.

Alcides Losada. (El Tocuyo, Venezuela).—*El huerto del silencio*. Poesías.

Alberto Lasplaces. (Calle 18 de julio, 2128. Montevideo, Uruguay).—*El hombre que tuvo una idea*. Cuentos. Editorial. LA CRUZ DEL SUR. Montevideo.

Ramón Campos Turmo. (Sevilla. España). *El alma de la Plaza de España y el Bosque Sagrado de La Rábida*.

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.

Lindbergh en México

Si la atmósfera sigue siendo propicia a Lindbergh, sobretodo la del mar Caribe, hoy ha debido llegar a la capital azteca en su avión, el de sus glorias y audacias juveniles. Esto se considera un acontecimiento en los Estados Unidos como en México, particularmente por el hecho de que ese suceso posee para ambos pueblos un sentido trascendente, el de demostrarse ambos y mutuamente, que sus presentes y futuras relaciones se inspirarán en sentimientos de simpatía y de respeto. Los Estados Unidos, sobre todo, están en este momento empeñados en demostrarle a México que aspiran a fundar sus relaciones con él sobre principios de mejor inteligencia. Para ello han comenzado por reorganizar su misión diplomática en la República azteca eligiendo a un hombre que goza de un gran crédito moral en su país. Ahora envían esta nueva embajada que se ha convertido en un signo favorable, desde que su victorioso vuelo a Francia sirvió para aminorar el estado de los ánimos europeos, intensamente agresivos contra los banqueros americanos. Un vuelo de Lindbergh sobre México debe ser propicio al propósito del gobierno americano de orientarse con un más humano sentido en su política con los países vecinos. En verdad, y especialmente y en cuanto a México, esa política de vecindad no se ha desarrollado sobre las normas más saludables. Los Estados Unidos pudieron en todo tiempo y pueden hacerle gran servicio a México, siquiera ayudándole a vivir en paz, aliviándolo de pesadas preocupaciones internacionales y dejándolo, en consecuencia, vivir tranquilo su vida para realizar todo cuanto sea pertinente a su progreso moral y material. No siempre los gobiernos americanos han comprendido el desorden mexicano, este hecho significafivo del desorden mexicano, y por lo tanto, no han podido contribuir con éxito en una obra humanitaria, piadosa y de comunidad de intereses como es la de transformar ese desorden en orden.

El desorden en México no tiene por qué ser considerado como simple juego de ambiciones políticas ni de supuestas faltas de aptitudes. En el fondo de él hay problemas sociales interesantes y de urgencia para el pueblo mexicano. Cuando se ha dicho con Zapata, la tierra para el indio, se ha querido dar a entender algo. Cuando se ha querido con Vasconcelos y otros de su estirpe, iluminar el espíritu de su raza, se ha querido dar cumplimiento a una inmensa necesidad nacional, y como éstos son todos los demás anhelos que forcejando por convertirse en palpitantes realidades, han producido necesariamente el desorden. Estos Estados Unidos que conocen el orden como cosa orgánica nacida de la sabiduría como establecieron allí sus poderes públicos; nacida de la necesidad de asegurar el éxito a las múltiples formas del trabajo nacional; nacida de la iluminación de la conciencia popular en mucho si no en todo, bien pudieron ayudar, esta es la palabra, a nuestros pueblos a alcanzar esa misma virtud de su vida por la aplicación de sus mismos métodos. Pero México, para reducirnos a ese ejemplo, ha tenido que confrontar otra clase de experiencias, todas ellas infecundas y humillantes. Hubo un momento en que se quiso reconocer a Villa cuya condición de bandolero afortunado no lo hacia digno de ser reconocido por un gobierno extranjero que se respetara en sus determinaciones. La experiencia no ha sido, sin embargo, infecunda y después de tantas debilidades y errores y caídas, las cosas tienden ahora a normalizarse honorablemente.

Que vuele el águila de Lindbergh sobre la tierra de las águilas y que su canto ronco y poderoso, canto de una gesta heroica, se traduzca en nobles promesas para la amistad y la común acción de dos pueblos grandes de América. Que vuele el águila de Lindbergh, el joven audaz de las últimas victorias, sobre la tierra ardiente de los aztecas, dode la sangre de los valientes y de los mártires ha florecido en rosas rojas.

Rómulo Tovar
San José, Costa Rica.

INDICE

DEL TOMO XV

AUTORES Y ASUNTOS

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica